

# POETAS Y POESÍA DE MONAGAS

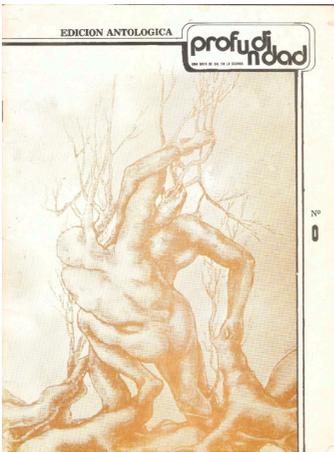
## BREVE PASEO POR LOS POETAS Y LA POESÍA DEL ESTADO MONAGAS\*

**Celso Medina**

**Universidad Pedagógica Experimental Libertador**

**Instituto Pedagógico de Maturín**

**medinacelso@gmail.com**



La poesía vive y se nutre de espacios concretos. Desde esas concreciones se va hilvanando para generar su hilo histórico. Lo real es que existen los poetas y sus poemas. Que no surgen de la nada, sino de la vida que llevan los escritores y su esfuerzo por escribir. El poeta es solo responsable de su hacer creativo. Por ello qué difícil es idear un sistema para dar cuenta del mundo poético de una región. La poesía no está hecha por todos, sino por individualidades, no es un ejercicio colectivo, sino absolutamente íntimo; por ello, dar a conocer esa palabra gestada internamente comporta cierto impudor.

Hacer un recuento de la poesía de una región, como en este caso Monagas, es historiar esas impudicias. En tal sentido, el primer reto es elaborar un cosmos de lo diverso, reunir singularidades. ¿Cómo realizar eso? Se nos ocurren dos métodos: sumar en concreto los poemas y sus creadores, y articular los modos como ellos han actuado para procurar arribar a ese concepto que hemos llamado "Poesía del Estado Monagas".

Tendríamos que fijar algunos hitos relevantes en ese proceso de consolidación de la poesía monaguense. Un primer hito es la fundación de los periódicos y revistas que sirvieron para que la poesía monaguense se visibilizara. El libro de poemas llegó muy tarde a Monagas. Mientras que los poetas espera-

ban la oportunidad de ver sus libros publicados (algunos no llegaron a verlos en vida), tomaron los periódicos como ventana para difundir sus obras. Esa oportunidad no tuvo mucho eco en el siglo XIX, pues los periódicos se dedicaban principalmente a la política y a la información sobre la actualidad. Además, el periódico tuvo mucho retraso en Monagas, ya que el primero, El Eco de Maturín, no apareció hasta 1870. Ninguno de esos periódicos se denominó exclusivamente "literario", y la literatura, en especial los poemas, circulaba con mucha extrañeza en esas páginas.

Hubo más suerte en el siglo XX, cuando algunos periódicos se atrevieron a autodenominarse literarios. El primero fue La Voz de Maturín, un periódico ocasional que apareció en 1907. Se denominaba "Político y Literario" y estaba dirigido por Juan de Dios Urbaneja. En 1912, apareció El Cometa, un "órgano literario" en el que participó Félix Armando Núñez, que contaba con apenas quince años de edad. En 1921, se editó Alborada, un "órgano literario de intereses generales" dirigido por Sabino Barroso. Y en 1967, la Asociación de Escritores del Estado Monagas publicó Cuadernos Literarios. La directiva de esta asociación estaba presidida por Pablo Figueroa, y entre sus miembros se encontraban los poetas Luisa Teresa Sosa, Rafael García Barreto, Jacinto Ramírez Rausseau y César Suppini.

La imprenta en Maturín adquiere un importante auge luego de los años 30 del siglo XX, lo que potenció la edición de

\*Este texto el prólogo del libro Una geografía, un poesía. Antología de la poesía del estado Monagas, inédito

periódicos y de libros. Muchos periodistas también escribieron poesía. Uno de ellos, Juan Betancourt, vino de Carúpano, luego de haber incursionado en el sector gráfico en Caracas. Llegó a Maturín en 1944, fundó la Tipografía Comercial Maturín, donde imprimió la Revista Comercial de Maturín, importante tribuna que difundió a los poetas de la región. Su poesía se recoge en su poemario Pachaco, que editó en 1992 la Biblioteca de temas y Autores Monaguenses. Junto a la imprenta de Betancourt, destacaron editores como Miguel A. Moya (Impresora Popular), Horacio Sánchez (Impresos Arco), José Rumay (Impresos Venezuela), Edgardo Ávila (Tipografía Ideales), entre otros, de cuyos talleres salieron impresos muchos de los libros que sirvieron para alimentar esta antología de la poesía de Monagas. Esos periódicos, salidos de esas imprentas, no solo visibilizaron a los poetas, sino que algunos llegaron a fomentar su estudio. J. A. Oropeza Ciliberto, poeta y periodista, que a veces utilizaba el pseudónimo de Armando Montenegro, preparó para el periódico Surcos, en agosto de 1953, una selección de poetas de Caripe, región que constituye una importante cantera de la poesía regional, como se puede comprobar por el número de creadores que participan en esta antología. El poeta aguasayero, José Napoleón Azócar, abogado, bibliógrafo y estudioso de la literatura, nos ofrece una de las primeras antologías de la poesía de Monagas, en El Semanario, el 8 de diciembre de 1967. Allí, además de seleccionar, Azócar esboza rasgos explicativos de lo que para esa época eran los poetas más representativos de esta entidad. En el mismo Surcos (agosto de 1953), el poeta José Antonio Ramírez Rausseo escribe un importante ensayo sobre Félix Antonio Calderón, que hace interesantes aportes a la comprensión del bardo de Caripe.

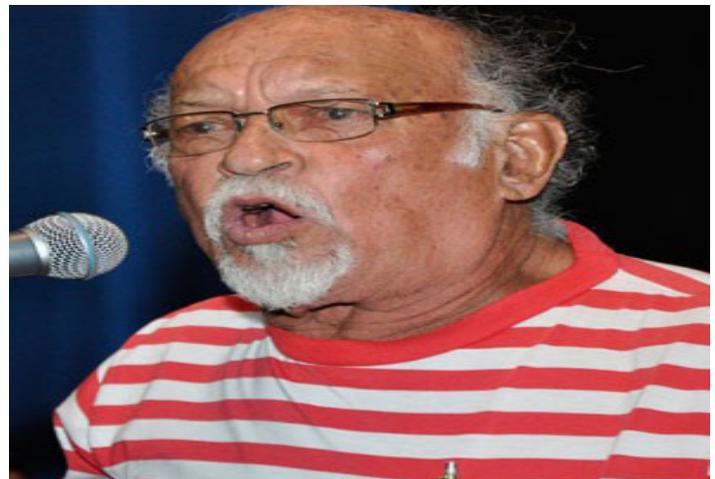
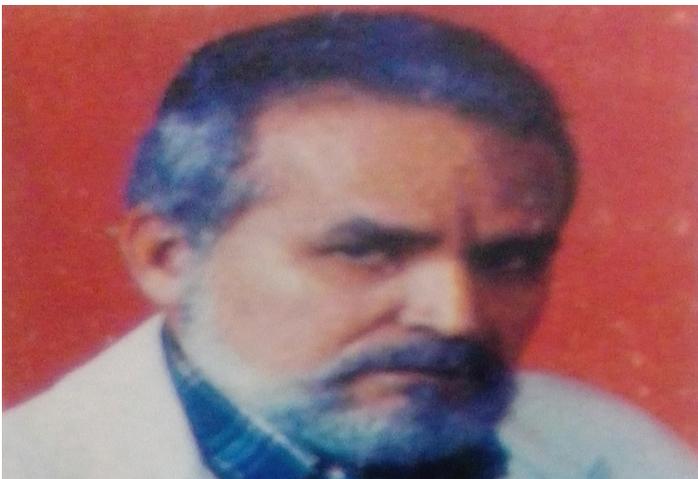
Como vemos, los periódicos dieron una importante cabida al quehacer poético monaguense. Con ese impulso cultural y educativo, ya muy adentrado en el siglo XX, puede señalarse una etapa de gran madurez de la literatura de Monagas, en especial de la poesía. El periodismo experimenta cambios

trascendentes. En 1965 nace el diarismo, con la aparición del Periódico El Diario, dirigido por Noel Grisanti Luciani, en 1970, El Sol de Maturín, fundado por el poeta José Lira Sosa y posteriormente dirigido por Beltrán Trujillo Centeno. Luego, en 1982, se fundaría El Oriental, bajo la dirección de Gabriel Vílchez. La tecnología gráfica que traen esos periódicos impulsa la industria gráfica y las posibilidades de publicar libros y revistas especializadas en literatura se incrementan.

El año 1980 los diarios abren sus páginas a la literatura, permitiendo la inserción en ellos de suplementos y páginas literarias. El primer suplemento en aparecer fue Profundidad, publicado en el diario El Sol de Maturín, semanalmente, que en los primeros tiempos contó con un equipo donde estuvieron Domingo Rogelio León, Perucho Aguirre, Armando Ramos, Cruz Berbín, y los artistas plásticos de Monagas Luis González y Juan Frontado (sus dibujos eran frecuentes) y el fotógrafo Pedro Hernández. El suplemento contó con una diagramación que potenciaba los textos editados. Un alto porcentaje de las cuatro páginas del encartado era dedicado a la poesía. Y un aspecto importante: se le dio amplia cabida a la poesía popular, visibilizando sobre todo a los decimistas, en especial a los de Caripe y de Aragua de Maturín. El grupo promotor de Profundidad constituyó en un principio una especie de grupo cultural, que discutía y polemizaba los temas más acuciantes de la literatura de la época. Contó con colaboradores de todo el país. El suplemento derivó simultáneamente a revista, titulada también Profundidad, con un lema: “Una gota de sal en la sabana”, para denotar la unión de un Margariteño (Perucho Aguirre) con los llaneros de Monagas. La dirección de los números 0 y 1 estará compartida por Rogelio León y Perucho Aguirre. Los dos últimos (2 y 3), los dirigió León. En 1981 un grupo de profesores a cuya cabeza estuvo Zoilo Abel Rodríguez, funda un grupo literario llamado Selva Profundidad y publican en el mismo diario el suplemento Selvajismos. Durará un poco más de un año, luego me encargaría yo de ese suplemento. Posterior-

Zoilo Abel Rodríguez

Perucho Aguirre



mente lo dejaría para fundar otro, Las Formas del Fuego. A la par, también se publicaría otro suplemento, Canaguaima, que dirigirá el poeta Miguel Mendoza Barreto, donde también prevalecerá la poesía. Durante esos años presenciamos un hecho poco conocido en el periodismo nacional: el diario El Sol de Maturín estuvo encartando tres suplementos literarios mensuales, que tenían tres visiones bastante plurales: el suplemento de Rogelio León daba espacio especial a la poesía de origen popular, el de Miguel Mendoza, a la nueva poesía monaguense y el que yo dirigía, se preocupó por ensayos y reflexión sobre el hecho literario.

Esa tradición fue emulada por los otros diarios de Maturín. El decano del diarismo regional, El Diario, dio cabida a los suplementos Piedras Abiertas (1986), dirigido por Ángel Tovar, y La Carreta, también dirigido por Tovar. Luego vendría Rocinante (1994), dirigido por Najib Pastrán, que posteriormente fue asumido por Raúl Ossa. El mismo Pastrán dirigió Raíces (1996), que luego fue dirigido por Tomás Freitas Paz, quien también había dirigido Papiro en 1995.

Por su parte, el diario El Oriental acogerá los suplementos Espejo y el agua, dirigido por Jesús Rafael Zambrano en 1993, Los Dedos del tiempo (1993), dirigido por Víctor Rojas, y Quimera, que yo dirigí en 1993. En 1995 se publica Fragua, vocero de Casa de la poesía, dirigido por la poeta Yennis Franco, con diagramación y diseño del artista plástico Luis González.

Los nuevos periódicos hacen intento por continuar la anterior trayectoria. El Periódico de Monagas en el 2005 da cabida al suplemento Abrapalabra, que dirigí yo junto a Jacinto Ramírez Noriega.

El diario La Verdad de Monagas también intentó insertarse en la tradición, en el año 2008, cuando dio cabida al suplemento Criba, que luego de veinte salidas dejó de publicarse. El equipo que dirigió este espacio es el mismo que en el 2009, en el Diario Extra, impulsó Pez de plata, dirigido por Rogelio León, y en cuyo equipo estuvieron Alcides Rojas y Carlos Acuña. En el año 2010, en las páginas de ese diario se revive el proyecto de Canaguaima, de nuevo dirigido por Miguel Mendoza, junto a Luis Segundo Renaud y Víctor Rojas. Los suplementos desaparecerán cuando dicho periódico cierre, en el 2012.

Esa tradición fue gradualmente diluyéndose en el periodismo local. Luego, en El Periódico de Monagas, Víctor Rojas dirigió la página Formato Breve, y en Ciudad Maturín, se publicó Voces Maturín, bajo la dirección de Rogelio León.

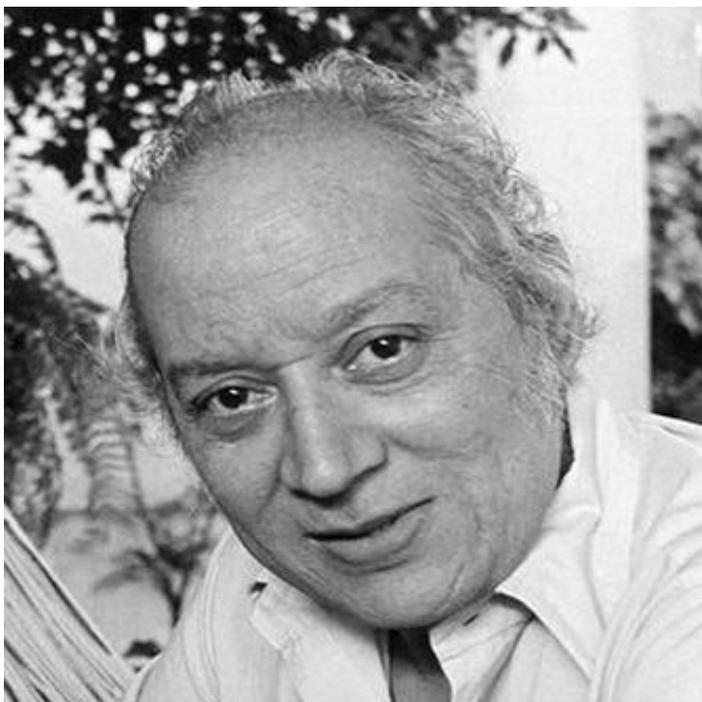
Pero también en este período podemos historiar el nacimiento de revistas dedicadas exclusivamente a la difusión de la literatura. En 1992, el Departamento de Lingüística del Instituto Pedagógico de Maturín publica la revista Contraseña (en homenaje al poeta José Lira Sosa, uno de cuyos libros lleva ese nombre). Se editarán ocho números. En sus páginas se combina la creación literaria, la investigación, el ensayo y la entrevista, y la mayoría de sus colaboradores eran de la región. El equipo editorial estuvo integrado por mí, como

director, Cruz Berbín, Víctor Carlson, Noelis Peña, Rosa Castillo y Neida Montiel. En 1995, vemos de nuevo a un personaje muy tesonero en la labor de difundir la creación artística, en especial la literatura: Luis González, junto a Luis Peñalver, Moisés Morón, Efraín Castro Beja y Víctor Pino, publican La Tinta Fresca, revista literaria-cultural de la Fundación para la Cultura de Monagas (FuMculura). En 1997 se publica la revista Enseres y Atavíos (de nuevo, un homenaje a uno de los libros del poeta José Lira Sosa), bajo los auspicios del Centro de Actividades Literarias, que funcionó en Maturín, promoviendo también la publicación de libros (uno de ellos fue las obras poéticas completas de Lira Sosa), realizando talleres, conferencias, foros, etc.

En 1982 se crea la más seria de las instituciones editoriales en el estado Monagas, la Biblioteca de Temas y Autores Monaguenses, con varias colecciones, bajo el impulso de la bibliotecóloga Aracelis Sánchez. Una de ellas, dedicada a la creación literaria, cuya primera publicación fue Contraseña, libro del poeta José Lira Sosa que ya marcaba un cambio importante en la poética de este autor. En esa colección se editarán nuevos autores y se rescatarán obras de escritores tradicionales que hasta ese tiempo se mantenían prácticamente inéditos.

Esa prolija difusión fue acompañada del desarrollo de talleres literarios y premios literarios. Entre los premios destacan la Biental Literaria “Julían Padrón” y “Félix Armandó Núñez”. Además, hay que sumar a ello el impulso que ha dado a la edición de la literatura la creación del Sistema Nacional de Imprenta en su seccional de Monagas. También hay que sumar la política editorial que en los últimos años se viene desarrollando desde las instituciones culturales de la Gobernación de Monagas. La antología que presentamos aquí recoge buena parte de esos textos editados en el marco del auge de la publicación literaria en la región. La poesía ocupa un espacio estelar en ese auge.

En el orden conceptual de la poesía monaguense, habría que anotar dos importantes hitos en su perfilamiento. El primero, es casi un hecho imperceptible, ocurrido a finales de los años cuarenta del siglo XX. Se trata de la llegada a Maturín de un importante poeta venezolano, Juan Sánchez Peláez, quien vino a hacer docencia en el Liceo “Miguel José Sanz”, luego de su periplo por Chile, donde militaría con fervor en el famoso grupo Mandrágora. Además forma parte de este hito que queremos resaltar, la presencia de otro profesor, el trinitario Allan Linford. Sus alumnos más destacados eran José Lira Sosa, César Suppini, José Ángel Oropeza-Ciliberto y Jesús Rafael Zambrano, los tres primeros se dedicaron íntegramente a la poesía. Por vía de Sánchez Peláez, estos poetas supieron de Artaud, de Bretón y de un poeta venezolano, casi olvidado en esos tiempos: José Antonio Ramos Sucre. A Lira Sosa el envío de Sánchez lo llevará a París. Muestra del impacto de Sánchez Peláez en este poeta, podemos evidenciarlo en el tomo I de la Antología Poetas del Estado Monagas”, preparada por José Segundo Aristimuño, editada



Juan Sánchez Peláez



J.M. Villarroel París

en el año 1969. Basta contrastar el soneto “Busto”, recogido del periódico “El Guácharo”, de 1948, con los otros poemas que también se antologizan, tomados de los libros *A la gran aventura* (1960) y *Fiat-lux* (1954). Se observa un giro radical también en los poetas Suppini y Ciliberto, quienes confiesan el cambio de percepción que les produjo la enseñanza de Sánchez Peláez.

La cultura monaguense tiene en la creación de la Universidad de Oriente y del Pedagógico de Maturín importantes hitos, potenciadores de la cultura regional. La UDO, fundada en 1960, trajo a la región un legado de profesionales intelectuales que contribuyeron en gran medida a enriquecer la cultura que prevalecía. También trajo estudiantes de otras regiones que sumaron nuevas costumbres y subjetividades. Igual aporte podemos encontrar en la creación del Instituto Pedagógico de Maturín (1971), sobre todo porque abrió la carrera en literatura, que ofrecía herramientas conceptuales y metodológicas para abordarla desde una perspectiva más formal y científica. En su seno se reunieron profesores y estudiantes, nacidos o no en la región, que fueron un caldo propicio para la creación y la investigación de la poesía.

Monagas tiene poetas de raíz, nacidos aquí, y poetas que se aquerenciaron con esta zona, y la hicieron su segunda tierra. Pero algunos de los primeros emigraron. Esta diáspora dispersó poetas por muchos territorios nacionales e internacionales. De ellos destacan Félix Armando Núñez, quien hizo el periplo primero hacia Caracas, para terminar buena parte de su vida en la ciudad de Concepción, en Chile, donde escribirá una poesía que rememora su pueblito natal, Boquerón. Igualmente, podríamos agregar a Alarico Gómez, poeta

de prolija creación, nacido en Barrancas del Orinoco, pero asentado en el estado Bolívar. Sus poemas reflejan muchos temas. Entre ellos, no falta la visión del Orinoco desde el imaginario infantil hasta la madurez del adulto que se consolida en la “otra” parte del Orinoco. Igual podríamos nombrar a J.M. Villarroel París, nacido en San Antonio de Capayacuár, pero que vivió su infancia en Caripito, donde experimentó la cultura de los pozos petroleros, dramática y poéticamente reconstruida en su obra. Se fue a estudiar derecho a la Universidad de Carabobo. En Valencia se hizo abogado, e ingresó como profesor de esa universidad. Y formó parte del grupo de los poetas que impulsaron la revista *Poesía*. José Lira Sosa se entusiasma con la ciudad de París. Allí fue, con la idea de estudiar Letras, pero en verdad se dedicó a la bohemia y a vivir el fervor del surrealismo. Conoció a su líder esencial, André Breton, y volvió a Venezuela. Vivió en su ciudad natal, Maturín, fundó el diario *El Sol*. Luego se residió en Porlamar, donde su poesía encontró nuevos arraigos. Otros poetas se radicaron fuera, sobre todo en Caracas. Comparten sus poemas con el ejercicio de funcionarios públicos, tales como Benito Raúl Losada, entre otros, a quien sus labores en la política y la economía no le han impedido escribir y publicar más de una decena de libros.

En Monagas se residió poetas que, ya en plena madurez, hicieron su espacio en esta región. Perucho Aguirre, luego de graduarse de profesor de Física y Matemáticas, vino a Maturín. Cargado con sus recuerdos de Margarita, aquí escribió su poesía, cuyos temas esenciales no obvian la impronta de su isla natal. Aguirre también ha hecho música aquí, acompañado de su grupo “Collar de Perlas. Igual sucede

con Williams Torcátiz, quien fue traído a estas tierras por los avatares de la industria petrolera. Este poeta es maracucho, y sus poemas se alimentan de los sarcasmos y la visión irónica de algunos poetas marabinos, en especial del llamado “Maracuchismo leninismo”. Además de escribir, Torcátiz participó en el Grupo Casa, importante agrupación que, en la década de los 90, se reunía para leer poemas del grupo, para departir y conversar en torno al proceso poético. Muchos de los poetas que destacan en estos momentos en la región estuvieron presentes allí. Luis Segundo Renaud, Coromoto Renaud, Ramoneta Gregori, Miguel Mendoza Barreto y Yennis Franco, entre otros, participaron en el Grupo Casa. La creación del Fondo Editorial “Antonio Tejera del Toro” potenció a estos poetas. Esta institución cumplió una labor divulgativa a través de la publicación de libros y plaquettes poéticas (editaron libros de Ramoneta Gregori, Coromoto Renaud y Luis Segundo Renaud) y plaquettes poéticas que hicieron circular a autores hasta ese momento desconocidos.

La poesía monaguense encarna diversas asunciones. La muestra poética que se presenta aquí devela varias líneas temáticas. Por ejemplo, hay una poesía de talante didáctico, escrita por poetas (o poetisas) que ejercieron el magisterio. Las formas poéticas están marcadas por un propósito aleccionador que a algunos lectores pudiera parecerles un poco ingenuo. Se trata de una poesía con pocas figuras retóricas, muy literal y afanada en la visión moralista de la pedagogía. En este renglón destacan Luisa Teresa Sosa, Paulita Ortiz, Conchita Abreu y Elba Rosa Albertini. Por el lado masculino, los poemas de Rafael Núñez León pueden ser ubicados en la poesía pedagógica.

Es relevante también hablar de los poetas de los municipios, que parecen tener necesidad de dar fe de la geografía donde habitan y las costumbres que en ellas van gestando la cotidianidad. Es una tendencia que se enorgullece de nombrar su tierra. Le es necesario nombrar el lar natal. Tales son los poetas Tiburcio Aparicio Lozada, Jesús María Castillo, Luis Jiménez, David Eckar, entre otros. Por esos poemas desfilan los paisajes de Caripito, Caripe, Aragua, etc.

Hay poetas, por supuesto, que hablan del amor, en toda la

dimensión compleja del término: los esposos y esposas solícitos, amantes platónicos, enamorados del amor más que de la carne sensual. Iraidá Gedeón, Albanelly Rengel, Janett Rivas, Sandy Guzmán, Iván Pérez Hurtado, etc. Pero también hay un amor poco pudoroso, directo que no se esmera mucho en metáforas e imágenes y no deja lugar a las ambigüedades, tales son los poemas de Nelly Carrasquero, Maruly Córdova, Noraly Mirabal, etc. donde la realidad erótica no necesita de intermediarios. En cambio, hay mayor sutileza en este peliagudo asunto del amor con Ana Karina Martínez, Yennis Franco, Ramonetta Gregori, Miguel Mendoza Barreto y en el mismo William Torcátiz, donde hay un dejo irónico que enriquece mucho esa visión del amor, pues a veces el tono bolerístico coquetea permanentemente con el poético. En fin, son muchas las maneras de nombrar el amor que tienen los poetas monaguenses.

Muchos son los temas que abordan los poetas monaguenses, y por no poder aborarlos todos, dejo en manos de los lectores su última palabra.

Esta antología reúne poetas cuyo arqueo vital abarca desde 1838, año en el que nació el poeta más antiguo registrado aquí, Ildefonso Núñez Mares, hasta 1985, año en el que nació el poeta más joven que incluimos en esta antología, Isnaír Ruiz. No son esos los únicos creadores de poesía en este estado. Los numerosos periódicos y revistas de esta región pueden dar fe de que son muchísimos más los versificadores.

Iniciar la antología con el poeta Ildefonso Núñez Mares deja por detrás dos elementos: los demás siglos y la posible poesía oral indígena y campesina que seguramente existe. El siglo XIX monaguense está alimentado del historicismo heroico, por ello descuellan temas que realzan figuras como Juana la Avanzadora, los Monagas, etc. que han alimentado los asuntos de muchos poemas.

Con en el citado arqueo, queremos trazar el esbozo de la historia de estas voces que al amparo de diversos estilos e ideologías estéticas tejen una voz y una poesía, de conformación plural.



César Suppini

